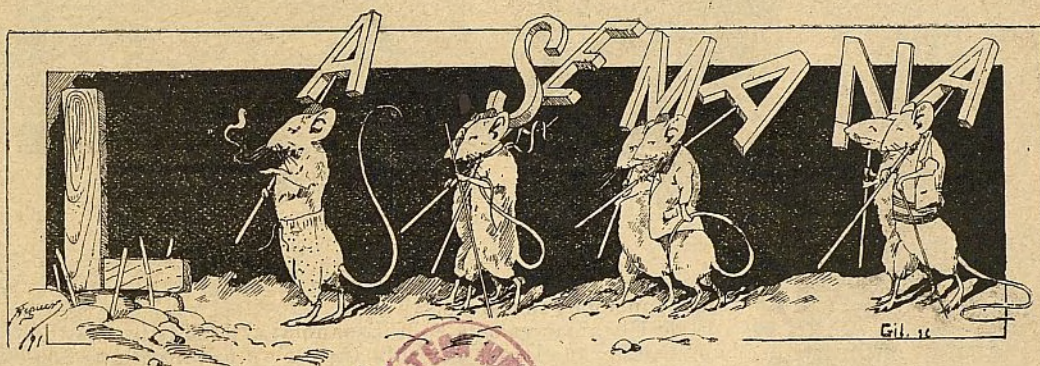


Ayuntamiento de Madrid



Mientras el señor Cánovas recibía en su Huerta deliciosa á los marroquíes, no pocos conservadores se pasaban al moro en Barcelona, en Logroño y en otras capitales, como si el regionalismo hubiera entrado también en la política, ó amenazaran á la integridad del partido imperante los partidillos de cada provincia, á imitación de aquellas Iglesias nacionales que pusieron en un aprieto á la unidad católica y apostólica de la Iglesia romana.

—¡Bah!—dicen despechados los canovistas *enragé*—esos que se marchan por sí solos, nos ahorran el trabajo de echarles fuera más tarde ó más temprano.

—¡Buenas y gordas!—contestan los adversarios de la situación—lo que hay es que el partido conservador yace más corrupto que pescado de quince días, y tal es su descomposición, que no bastan todas las cámaras frigoríficas ni todas las sales que da el poder para quitar al *carnuz* las verdes losetas de la podredumbre ni el mal olor de la fermentación pútrida.

Cánovas, entre tanto, podrá ahorrarse este año en la Bourbonle, el sobamiento y el masaje que constituyen la terapéutica de última novedad.

¿Para qué más sobamiento que las empalagosas protestas de los fieles, ni que masaje más perfecto que los pellizcos y pezczones de los disidentes?

Acaso en el ánimo orgulloso del presidente hayan producido las últimas defecciones mayor impresión que la reflejada por los periódicos ortodoxos; y quizá la pesadilla altere el sueño tranquilo de D. Antonio, para hacerle prorrumpir contra Durán y Bas en imprecación parecida á la que Augusto, también inquieto y desvelado, dirigía al torpe general que llevó á las cohortes al degüello y á la vergüenza de las horcas caudinas:

—Varo, Varo; devuélveme mis legiones.

Las legiones romanas volvieron en parte; las conservadoras *esas, no volverán.*

Pertenecen á la familia de las golondrinas de Becquer. Son verdaderos *golondrinos* que le han salido en mala parte al partido que está de turno.

—Esos cursis de provincias—dirá algún gomoso de la mayoría—siempre tan susceptibles y quisquillosos. ¿Qué tienen que pedirle á D. Antonio?

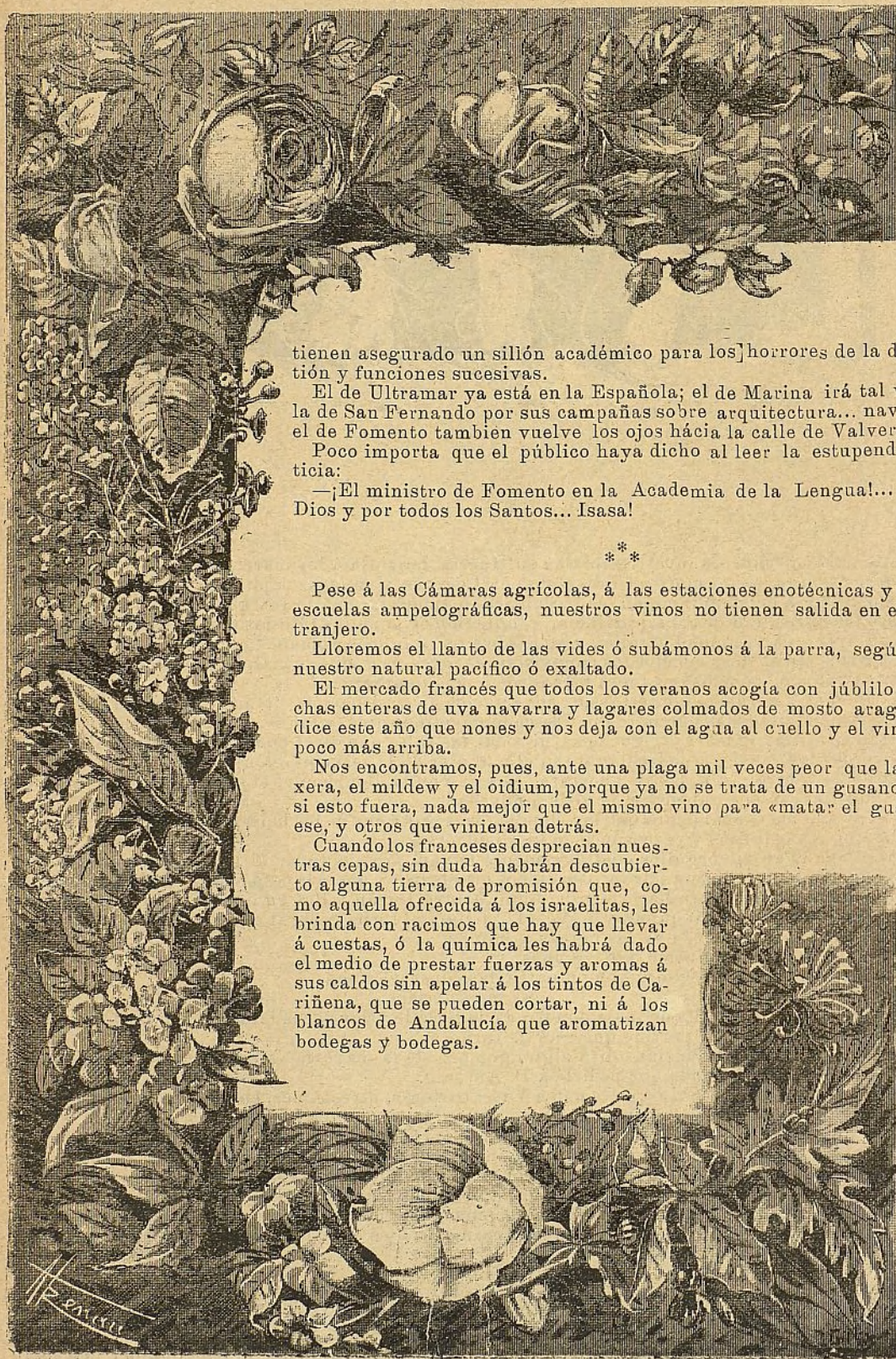
—¡Vaya una pregunta! Lo que le piden Vdes: carteras, direcciones, embajadas, presidencias... Ya es hora de que entre la corte y las provincias se establezca la doble corriente de la *endós-mosis*, un movimiento continuo que permita á los provincianos ocupar las prebendas de Madrid y obligue á los madrileños á fijarse en provincias para que vean lo que es bueno.

Parte de las huestes sublevadas irán á engrosar las filas de Sagasta; parte arrojará armas y municiones para retirarse al hogar doméstico; otros más desesperados se irán de cabeza á la República y los más cautos aguardarán haciendo dengues á que los antiguos compañeros les atraigan, señalándoles una cartera en la próxima crisis ó cuando menos un puesto en la primera combinación de gobernadores.

El que no llora no mama.

Aunque Cánovas siga sosteniendo la sartén por el mango, es preciso que los que se sientan alrededor de ella dejen el puesto y la servilleta á otros de los que ahora empujan y se impacientan.

Al fin y al cabo la mitad de los consejeros responsables, al dejar la poltrona del comedero



tienen asegurado un sillón académico para los]horrores de la digestión y funciones sucesivas.

El de Ultramar ya está en la Española; el de Marina irá tal vez á la de San Fernando por sus campañas sobre arquitectura... naval, y el de Fomento tambien vuelve los ojos hácia la calle de Valverde.

Poco importa que el público haya dicho al leer la estupenda noticia:

—¡El ministro de Fomento en la Academia de la Lengua!... ¡Por Dios y por todos los Santos... Isasa!

Pese á las Cámaras agrícolas, á las estaciones enotécnicas y á las escuelas ampelográficas, nuestros vinos no tienen salida en el extranjero.

Lloremos el llanto de las vides ó subámonos á la parra, según sea nuestro natural pacífico ó exaltado.

El mercado francés que todos los veranos acogía con júbilo cosechas enteras de uva navarra y lagares colmados de mosto aragonés, dice este año que nones y nos deja con el agua al cuello y el vino un poco más arriba.

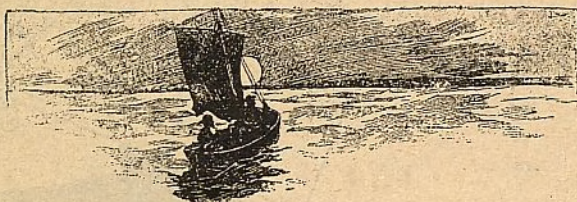
Nos encontramos, pues, ante una plaga mil veces peor que la filoxera, el mildew y el oidium, porque ya no se trata de un gusano; que si esto fuera, nada mejor que el mismo vino para «matar el gusano» ese, y otros que vinieran detrás.

Cuando los franceses desprecian nuestras cepas, sin duda habrán descubierto alguna tierra de promisión que, como aquella ofrecida á los israelitas, les brinda con racimos que hay que llevar á cuestas, ó la química les habrá dado el medio de prestar fuerzas y aromas á sus caldos sin apelar á los tintos de Carriñena, que se pueden cortar, ni á los blancos de Andalucía que aromatizan bodegas y bodegas.

Ya se habla en ciertos periódicos de represalias contra el proteccionismo francés. Pero, ¡nada de agrias disputas ni de ataques de bilis! no vaya á suceder que el vino se vuelva vinagre y sea más difícil su consumo.. No desistamos, sobre todo, de plantar vides y más vides, para que la católica España continúe si endo, como hasta aquí, la viña del Señor. Y bebamos mientras se resuelve el problema. Porque las cuestiones vití-cola y vini-cola trae cada cual su cola respectiva, como vé el curioso lector.



Luis Pardo y Villanor



Juana y Pilar

I

Formó á Juana la fortuna
con sus más lindos antojos,
y tiene negros los ojos
como una noche sin luna.

Tiene encantos peregrinos,
y es, por sus gracias divinas,
infierno de las vecinas
y *gloria* de los vecinos.

Tiene diminuto el talle,
y esclavos de sus primores,
a sobran adoradores
que estén rondando su calle.

Tiene la mano pequeña,
y un pié que no se le ve:
envidia causa su pié,
y ella lo sabe y lo enseña.

No hay duda de que es hermosa;
pero en su vida cuitada,
no llora nunca por nada
y ríe por cualquier cosa.

En su loco devaneo
nunca amor la ha conmovido,
y sueña con el vestido
que vió ayer en el paseo.

El libro del corazón

no quiso nunca estudiar,
y aprendió á coquetear
en una sola lección.

Esclava de su pureza,
no hay trabajo que no endose;
toca el piano y *no cose...*
habla francés y *no reza*.

Autómata y no mujer,
sólo piensa en pasear.
Por aprender á bailar,
no sabe lo que es barrer.

Sólo en brillar se recrea,
y por lo inútil se afana...
¡Por eso la *hermosa* Juana
á mí me parece *fea*!

II

No tiene belleza alguna
ni encantos que reflejar:
¡nació la pobre Pilar
en una noche sin luna!

Nacida para sufrir,
sus penas son muy frecuentes...
No tiene perlas por dientes
y no se atreve á reír.

Sus ojos no han de brillar:

no son negros ni rasgados...
¡Ojos que le fueron dados
tan sólo para llorar!

Tampoco el pié la hermosea;
por eso siempre escondido
anda detrás del vestido,
para que nadie lo vea.

Fueron las gracias mezquinas
en sus dones peregrinos,
y es *infierno* de vecinos
y *gloria* de las vecinas.

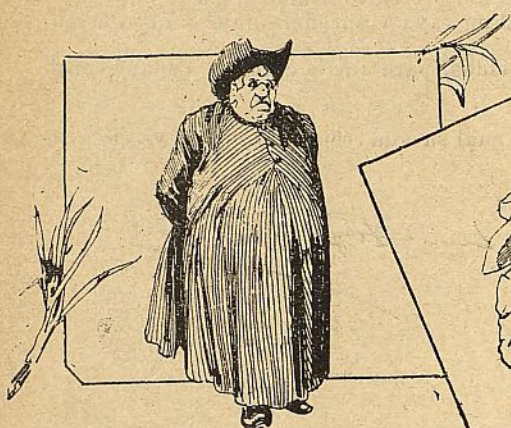
Pero con juicio sereno,
es esclava del deber:
no ríe ajeno placer,
pero llora el mal ajeno.

Amando de corazón,
la supo un hombre olvidar;
y aprendió lo que *era amar*
en una sola lección.

Sin la corporal belleza,
tal vez con Dios se despose...
No *toca el piano* y *cose...*
¡No *sabe francés* y *reza*!

Recatada y hacendosa
sólo sabe trabajar...
¡*Fea* es la pobre Pilar,
pero me parece *hermosa*.

JOSÉ JACKSON VEYAN.



LOS TRES MEDIOS

Cierto padre, que tenía fama de gran orador, fué rogado por favor para predicar un día.

Accedió el padre á este ruego, y estudiando un buen sermón, el día de la función á predicar subió luego.

Del padre la voz austera quiso escuchar un gitano, porque... eso sí, buen cristiano, aparte de todo, él era.

Y resuelto á no faltar, hacía el templo caminaba, mas cuando poco faltaba para á la iglesia llegar, cierto amigo le invitó á beber *medio* de vino, é interrumpiendo el camino, tan buen convite aceptó.

Tras de aquel, otro bebieron; otro más quería el amigo; mas llevándole consigo, luego hacía el templo se fueron.

Al entrar, ya el padre estaba en el púlpito gritando, y ellos, al padre escuchando, oyeron que aquesto hablaba:

«Por tres *medios*, sólo tres, «se obtiene la salvación...»

—Me lo daba el corazón, dijo el amigo, ¿lo ves?

Por hacer caso de tí, ya nos hemos condenado: un *medio* nos ha faltado! el padre lo dice.

—¿Sí?

Aun no es tarde, el otro dijo; volvamos á la taberna; que la salvación eterna allí se gana, de fijo.

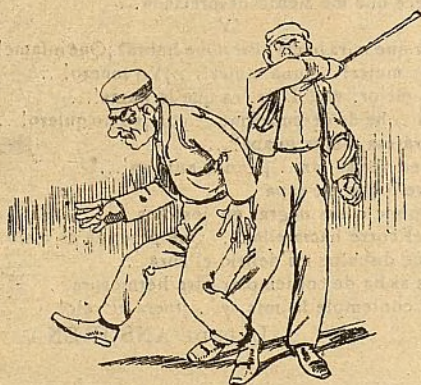
ROGELIO G. LOZANO



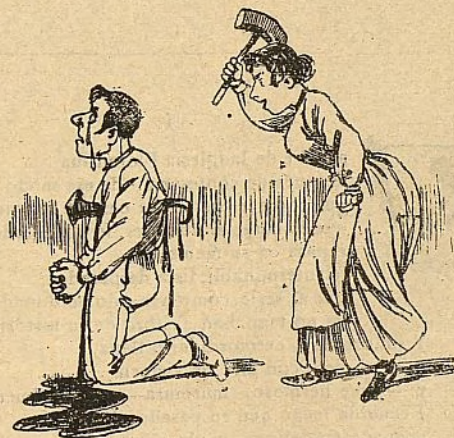
Canjares



Tiro piedras por la calle,
y al que le den que perdone:
tengo la cabeza loca
de tantas cavilaciones.



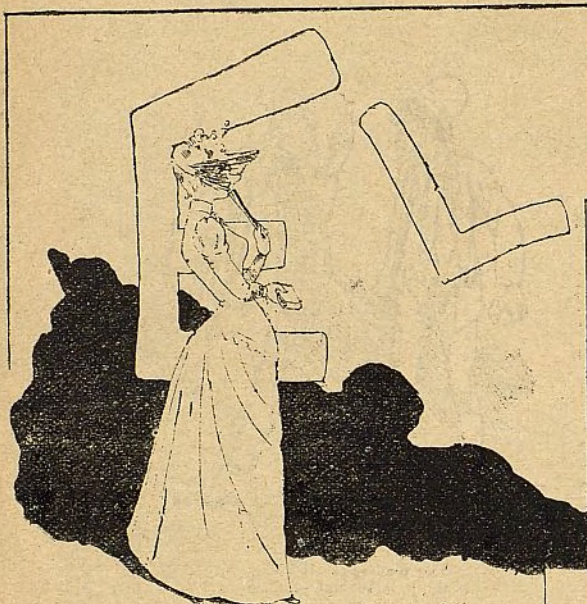
El presidio es una iglesia,
los presidiarios los santos;
los cabos son los faroles
que alumbran de cuando en cuando.



En el corasoncito
me han clavao un clavo,
y una hija de una mala mare
me lo ha remachao.



Quando un flamenco se muere
y lo llevan á enterrar,
los flamencos van delante
y las flamencas detrás.



VÉLO

y que vaya á contárselo al demonio!

II.

— ¡Cómo! ¿Está allí? ¿Desea
quebrantar mis propósitos acaso?
¡Pues será lo mejor que no me vea!...
¡si me conoce ha de salirme al paso!...
Al menos hoy tranquilidad anhelo,
y sé que mi semblante le fascina...
Y, signando su frente, Florentina
sobre el bello semblante se echó el velo.

III.

Pasaré por su lado...
¡Sigue tan quieto!... ¡Toma!
¿Pues por qué tantas veces ha jurado
que él siempre me conoce en el aroma?
A ver si esta otra vez... Pues... nada... nada;
la broma me resulta muy pesada,
pues llevo lo más duro de la broma.
Conformarme con esto, no es posible;
al mirarle impasible,
parece que me siento despreciada...

IV.

¿Por qué mira hacia allí? ¿Qué habrá? ¿Qué infame!
¡Una mujer!... ¡una mujer!... ¡Yo muerol...
¡Lo mejor, vive Dios, es que le llame!...
Mas... he de descubrirme... y... ¡yo no quiero!...
¿Será esa mujer guapa?...
Deseo ver su faz... ¡Vanos antojos!...
El velo que me tapa
me pone cosas negras en los ojos...
¡Y él corre hacia ella!... Que perdone el cielo,
y que disculpe mi delirio el cura...
Mas si ha de contemplar otra hermosura...
que contemple la mía, y... ¡fuera el velo!

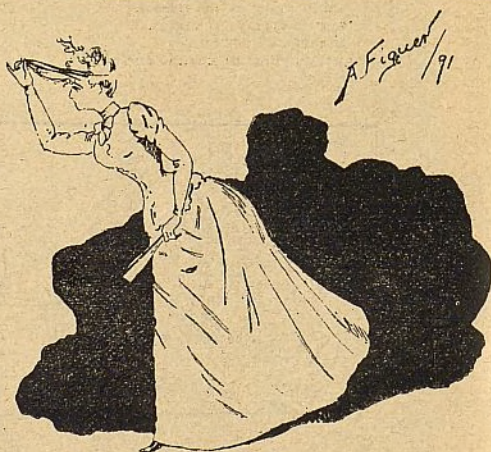
LUIS DE ANSORENA.

I.



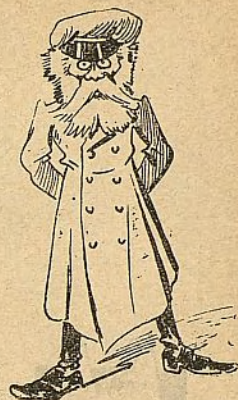
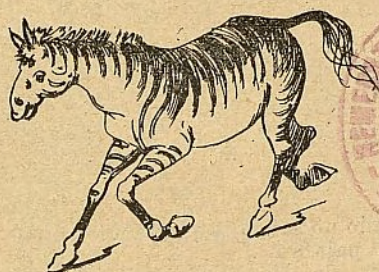
al salir de la iglesia Florentina,
después de confesarse, de ese modo
que lo hace una mujer cuando imagina
que el cura, al absolver, lo borra todo,
revisa en su memoria
la interminable lista de pecados,
que al serle, como han sido perdonados
ya no manchan el libro de su historia.

Y de contento extraordinario llena,
mira el cielo con aire de victoria,
y: — ¡Qué hermoso — murmura — es el ser buena!
Recuerda luego que en pasados días,
ocupada en delirios y placeres,
buscaba con afán las alegrías
que han perdido á millones de mujeres;
alegrías que flotan en el viento
y vagan como pájaros perdidos,
buscando un pensamiento
donde formar sus invisibles nidos,
y trazan en su curso mil figuras
que á veces no comprende la inocencia,
y después la experiencia
les da tonos marcados de locuras;
y acaso conmovida,
por todo lo que dijo el sacerdote:
— Desde hoy, repite, cambiaré de vida,
pues no quiero que el cura se alborote
si no me halla otra vez arrepentida.
Nada, nada, está dicho: retrocedo,
y si persiste en su delirio Antonio,
le diré que el demonio me da miedo....



GIL 36

CUESTION DE TEMPERAMENTO, POR MELITON GONZALEZ.



Murió la cebra azul del Jardin de Plantas de Hontersbourg, único ejemplar conocido hasta la fecha; se anunció un premio de 1.000.000 de florines al que presentase otra igual, y esta oferta sacó de quicio á los cuatro individuos siguientes, que juraron vencer ó perecer en la demanda;

Mister Harrison, sin oficio ni beneficio pero... inglés,

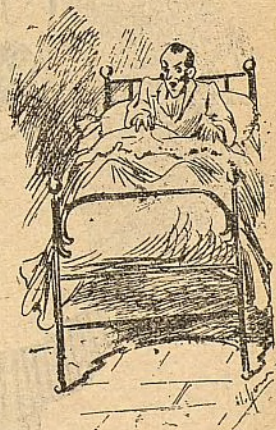
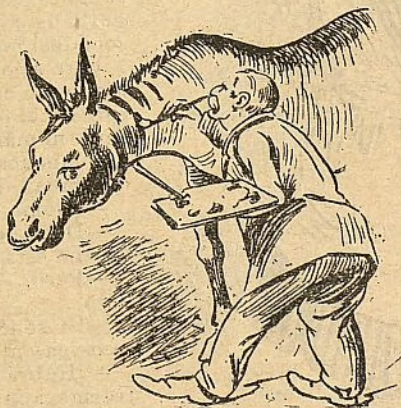
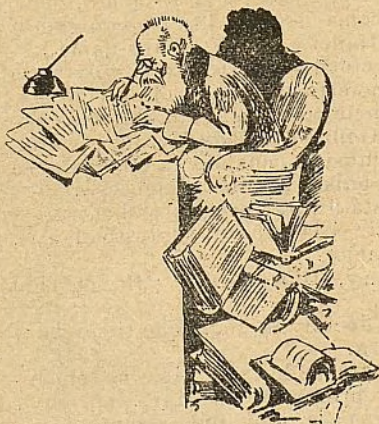
Von Buen-rocin-albardén, doctor alemán.



Monsieur de la Patrañé Trompeuse; condecoré por varios infundios inventados.

Y don José Pérez García y Sánchez, gran jugador de dominó, político y aficionado á toros.

Mister Harrison organiza inmensa caravana, con provisiones de boca y guerra, y sale para el desierto en busca de la cebra azul.

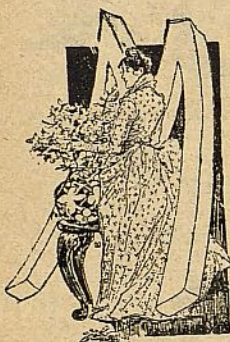


Von Buen-rocin-albardén se pasa un año estudiando Historia Natural, y escribe una extensa obra acerca de las cebras azules.

Monsieur de la Patrañé Trompeuse agarra un burro y en cuatro voleos lo esquila, pinta y transforma en cebra azul con pintas rojas

Y D. José Pérez García Sánchez se acuesta todos los días, diciendo: -Desde mañana... desde mañana me voy á dedicar á eso de la cebra.

El Problema



MUCHOS de los que vieron á D.^a Julia Leirado no saben lo que es una mujer hermosa. Preciso es que me creais bajo mi palabra...

Si no me creéis á mí, creed á los muchos que la pretendieron cuando soltera y ponían la posesión del Paraíso en la concesión de su mano; á los que la cortejaron cuando casada, y á los que sintieron reverdecer sus esperanzas cuando, un año después de su matrimonio, se quedó viuda.

Los padres de Julia gozaban una gran fortuna, y el regalo y lujo en que fué criada debió influir en su carácter; se hizo orgullosa y deslució un tanto su hermosura con la pompa de la vanidad. Era hermosísima y hacía gala de serlo. Bien mirado, era defecto disculpable en una tan admirable mujer.

Cuando soltera, su mayor placer era el tocador, donde vanamente buscaba nuevos encantos para su belleza; echábase un poco á perder creyendo estar mejor; componíase y se adornaba como una muñeca, y luego, rebotando satisfacción, recorría los paseos, los teatros y los bailes para

recojer adoraciones.

Unía á sus gracias naturales un claro entendimiento y un buen corazón; no deslucía su belleza en el discreto de las conversaciones cortesanías, ni tampoco negaba su bolsillo y sus lágrimas á la miseria y al dolor.

Y al año—lo he dicho ya—se quedó viuda y madre. Entonces fué cuando se notó algún

cambio en el carácter de aquella deidad... Pero no muy sensible todavía... Hasta pudo creerse que llevaba los crespones del luto con cierta coquetería, porque su figura adquirió un aire imponente, un misterio extraordinario, una hermosura mayor.

Pasado el luto, en que vivió con recogimiento, en que sus visitas fueron la iglesia y alguna obra de caridad, no tardó en volver á gozar del mundo en cuanto podía gozar de él sin escándalo... La exhibición de su belleza era, como siempre, su preocupación constante... el murmullo de aplauso que su presencia levantaba en todas partes, su felicidad.

Pasaron cuatro años más. Su hija tenía ya cinco. No puede decirse que fuera una mala madre... Era, por el contrario, tan excelente como lo permitía una falsa civilización, su orgullo de suprema deidad, las conveniencias sociales; la etiqueta, en fin, de una dama.

Pero á los cinco años, D.^a Julia volvió un día de un concierto... Volvía radiante de placer. En el concierto no había habido más Bellini, ni más Gounod, ni más Mozart que ella. Los mismos músicos, cuando la miraban, se olvidaban de pulsar sus instrumentos...

—¿Cómo está Julita? preguntó al entrar.

—Debo decir á la señora, contestó el aya, que no está mejor.

—Pero... ¡Ay, Dios mío!... ¿Ha ocurrido algo?...

—El señor doctor ha dicho que tiene bastante calentura.

—¿Habría extrañado... quizás... no encontrarme aquí? preguntó D.^a Julia, por cuya blanca frente pasó como una sombra el remordimiento.



—Ha dicho que volverá antes de recogerse.

D.^a Julia tiró su magnífico abrigo sobre un sillón y entró en su alcoba.

Una lámpara derramaba rosada claridad... En una camita de palo de rosa descansaba la niña enferma; era una muñeca lindísima acostada en un precioso mueble. El reflejo de la luz prestaba á su rostro un color que no tenía; pero sus ojos brillaban con la fiebre.

—¡Qué hermosa está—exclamó la madre con tristeza y orgullo al propio tiempo.

El aya dijo entonces, por halagar á su señora, sin duda:

—El doctor ha dicho eso mismo. ¡Si viviera—ha exclamado—sería tan hermosa como la madre!

—¡Si viviera! exclamó D.^a Julia con espanto.

Y cayó de rodillas junto á la cuna y se cubrió la cara con las manos y rompió á llorar desesperadamente.

Vino al fin el doctor y alguna conversación grave tuvieron, porque doña Julia salía muy pálida y le dijo entre lágrimas:

—Yo he sido muy mala madre, yo la he descuidado mucho, doctor; yo soy un corazón entregado al mundo, nunca saciado de vanidad, y Dios me castiga en lo que más quiero... ¡Ah, doctor, sálvela Vd.: en Vd. confío y en Dios!

El doctor movió tristemente la cabeza.

Doña Julia volvió á la cabecera de la cama de su hija. En toda la noche no hizo más que llorar. Al amanecer, se levantó y se dirigió hacia su oratorio. Al pasar por una antesala, se vió en el espejo. Conservaba su traje de fiesta: se vió pálida, triste, pero radiante siempre: había cambiado de belleza.

Se miró un rato, y exhalando un gemido, exclamó:

—¡Maldita hermosura!...

¡Gran tormenta había conmovido el corazón de doña Julia en aquella noche, cuando del fondo del pecho le subió á los labios tan increíble maldición!

Entró en el oratorio y se arrodilló ante el reclinatorio...

En el sencillo altar ardían dos velas, y entre ellas había una Dolorosa. Sobre el reclinatorio estaba un devocionario abierto, y sobre sus páginas una estampa que representa la Muerte segando un campo de rosas.

—¡Ah!—dijo—si la muerte fuese un sér material como ese que ahí está pintado, si quiera fuese tan espantable como aparece, yo defendería de su furor á mi hija... Nada me impondría, por monstruoso, por terrible, por aterrador que fuera. . . ¿Acaso no he visto yo las gallinas arrojar furiosamente á picar los ojos de los perros por defender á su pollada?... ¿Y una mujer tendría menos valor que un animal tan miserable?... Pero ¿cómo luchar contra un fuego, contra un hálito, contra un enemigo invisible, impalpable, que consume la carne, y silenciosamente mata?

Y dobló la cabeza sobre el devocionario y pareció quedar dormida... Lloraba y rezaba.

Después de un largo espacio, alzó su magnífica cabeza, dejando caer á lo largo de sus espaldas sus despeinadas trenzas, y con las manos juntas y los dedos entrelazados, en ademán supplicante, con el rostro demudado, y en él pintada una resolución heroica, una agitación del alma extraordinaria, prorrumpió:

—¡Sí, Madre mía, sí, yo lo prometo, y lo cumpliré si tu bondad infinita la salva! ¡Apiádate de mí, divina Señora, consuelo y esperanza de todos los desgraciados!... ¡Consuelo y esperanza de todas las madres! Tú también tienes el corazón atravesado por agudísimas espadas; tú también presenciaste la agonía de tu hijo y te sentiste torturada por las amarguras y los dolores que me traspasan el corazón!... Lo que tú sentiste siento yo ahora; ¡mira cuán grande y desesperada será mi pena! Por aquella pena que tú sufriste al pié de la Cruz, apiádate de mí, Señora. ¡Ah! ¡Perdón, perdón por comparar este dolor miserable á tu dolor divino!... Tú eras la Madre de Dios, y mi hija es mía nada más; pero es toda mi dicha, mi esperanza, mi sola verdadera vanidad, mi solo amor... ¡Es tan bella, tan buena, tan inocente!... ¿Por qué ha de morir?... Tu hijo, al fin, debía morir por redimirnos á todos; eso tal vez te pudo consolar en tu pena... Pero mi hija... ¿á qué se ha de morir, si no es para darme muerte?...

Yo lo prometo; sálvala; yo lo prometo...

Y cayó sobre el reclinatorio; esta vez realmente desvanecida,



.....

Cuando el doctor se había marchado, había dicho al aya:

—¡Pobre niña! Mañana... ¡encárguela usted su corona de rosas!...

Pero al otro día vino y no estaba muerta. D.^a Julia leyó en el médico una esperanza.

—Si la calentura disminuye...—dijo el doctor—¡quien sabe!...

La calentura fué disminuyendo. Quince días después Julita dejaba su cama, y otros quince más tarde, muy compuesta y muy linda, y revoloteando como una mariposa, paseaba con su aya en Recoletos.

En cuanto á la madre, todos los de la casa, el doctor y algunos parientes que la visitaban, estaban poseídos de admiración y de inquietud.

A medida que Julita se iba mejorando, la palidez de su madre aumentaba. Una tristeza era sustituida por otra tristeza. El doctor aseguraba, siu embargo, que aquella palidez extraordinaria no era efecto de un mal físico, sino de su estado moral.

Este nuevo aspecto daba á su hermosura extremada grandiosidad. Podía comparársela á la estatua de la Melancolía, bañada por la luz de oro de la tarde.

Pasaron algunos días más y D.^a Julia dijo al aya:

—Mañana hay baile de niños en casa del duque de X... Iré con la señorita.

A la hora del baile, Julita entró en el tocador de su madre saltando de alegría.

Iba vestida toda de encajes blancos.

Sobre su frente resplandecía una corona de rosas. Las rosas que al fin no había segado la muerte.

En aquel momento, salía doña Julia del tocador, magníficamente vestida, envuelta en un abrigo de pieles y resguardado el rostro por la blonda de su nube.

.....

Pocos días después se leía en un periódico:

«El suceso que á tantos comentarios ha dado origen y que fué el acontecimiento principal del baile celebrado en casa del duque de X... tiene explicación pausable.

»Doña Julia de Leirado había hecho voto sagrado de sacrificar su hermosura, si la Virgen salvaba de la muerte á su hija en la grave enfermedad que ésta recientemente ha sufrido.

»Julita vive... La hermosura de su madre ha muerto. Al baile del duque de X... sólo asistió una estatua de magníficas formas, pero corroída por el *vitriolo*.

»—¡Mi hermosura es esta!—dijo presentando á su hija.»

»Pueden figurarse nuestros lectores el asombro y áun el espanto general.

»El duque, que es, como todos sabemos, un hombre verdaderamente superior, le hizo una reverencia digna de ser dirigida á una emperatriz y volviéndose luego hácia los petrificados circunstantes, dijo:

«—Ser hermosa ó ser madre: *este es el problema*.»

FERNANFLOR.

PARECERES DIVERSOS

Murieron Blas y Consuelo
á un mismo tiempo los dos,
y llegaron ante Dios,
pidiendo entrar en el cielo.

Y una vez en su presencia,
les dijo el supremo Sér:

—Bien, pero quiero saber
si es cierta vuestra inocencia.

No están mis libros presentes
y vuestra vida no sé,
aunque estoy notando que
teneis caras de inocentes.
¿Qué sois?

—«Somos dos amantes
tan cariñosos, Señor,
que hemos sido en nuestro amor
siempre fieles y constantes;
pero aun con tanta constancia,
por el temor al pecado,

siempre nos hemos hablado
á tres pasos de distancia.

En nuestro amor no hubo excesos,
porque era un amor de hermanos,
sin apretones de manos,
sin abrazos y sin besos.

Buscando dicha futura,
aunque nos quisimos tanto,
nuestro cariño era santo,
nuestra pasión era pura.»

Habló así Blas tan formal,
que á San Pedro dijo Dios:

—¡Son dos ángeles! Los dos
á la mansión celestial.

Y porque no interceptasen
su paso, marchó ligero

San Pedro y dijo al portero:

—Ahí van dos tontos; que pasen.

J. RODAO.

EL MISÁNTRORO Y EL PERRO

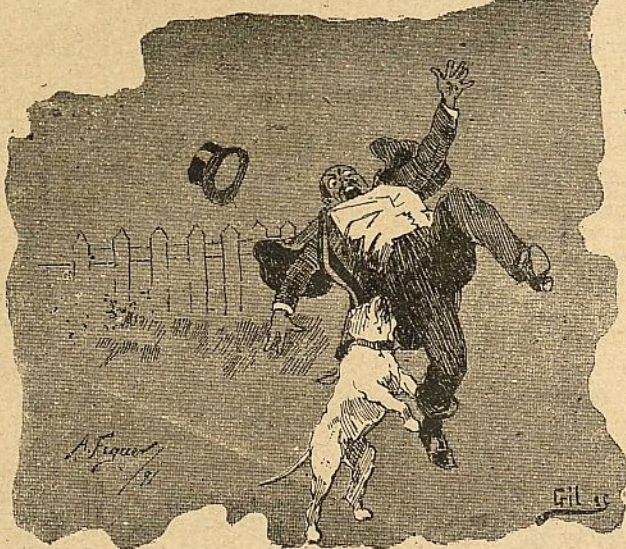
tragedia en 3 actos y un prólogo
por Figueas



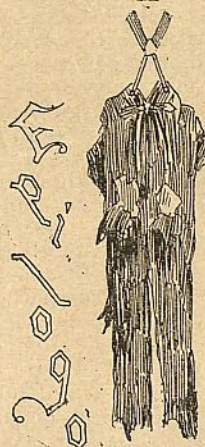
Acto 2º



Acto 1º



Acto 3º



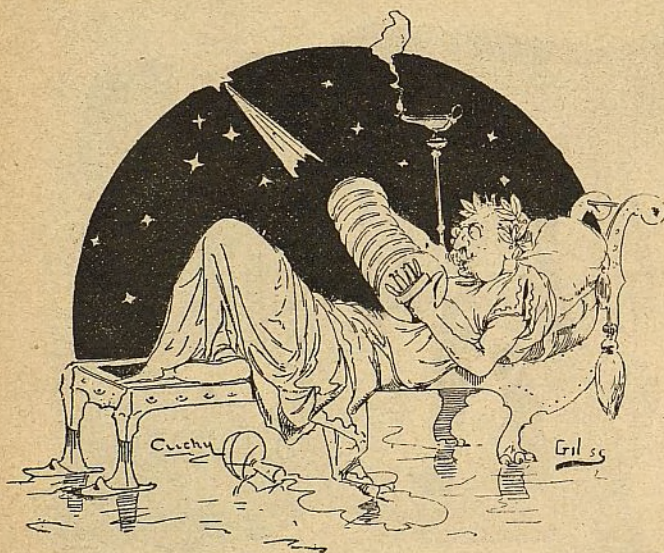
Debilidades

El mundo está lleno de vanidosos en todos los ramos.

Hay quien tiene la vanidad de los pergaminos, y quien se considera superior á los demás seres de la tierra, porque descende de un cirujano, inventor de un específico para hacer salir el pelo á los sombreros hongos.

La vanidad reviste diferentes formas y se manifiesta de mil distintos modos

Una señora viuda y chata, á quien conocimos en los baños sulfurosos el año pasado, nos decía con orgullo:



—¡Oh! Mi esposo, que en gloria esté, era uno de los primeros ébrios de la provincia de Cuenca. Un día se bebió él solo tres azumbres de vino tinto y un vaso grande de tintura de árnica.

Cada cual cifra su vanidad en lo que mejor le parece, y alguna vez ha venido á decirnos un sujeto tímido de suyo:—Está mal que yo lo diga, pero á prudente me ganan pocos. Ayer mismo me pegaron una bofetada en este carrillo; una bofetada horrorosa, y no lo digo por alabarme...

—¿Y usted qué hizo?

—Me di una unturita con aceite de almendras dulces.

—¿Por qué le han pegado á usted?

—No he querido averiguarlo, por no rebajarme.

A lo mejor encuentra uno personas de mérito indiscutible que no se envanecen por ser notables juriconsultos, ó pintores excelentes, ó literatos insignes, y en cambio re-

vientan de vanidad porque saben tocar el acordeón, ó porque han descubierto la manera de que no se les rocen los pantalones por abajo.

Hemos conocido á un caballero que tenía la nariz lo mismo que un salmonete, y siempre estaba poniendo defectos á las narices de los demás.

—Yo me conozco—decía.—Sé que no tengo grandes dotes personales: lo único que me enorgullece es esta nariz.

—Sí, es bastante buena—contestamos nosotros.

—Ha gustado mucho en provincias. Lo que siento es que algunas veces se me hincha, y entonces tengo que ponerle una funda de madapolam para andar por casa.

Hay quien tiene un lobanillo sobre la ceja, tamaño como un albaricoque de Toledo, y anda por ahí luciéndole aparatosamente, como si llevara un brillante del Brasil rodeado de perlas.

—¿Qué es eso, D. Lesmes?

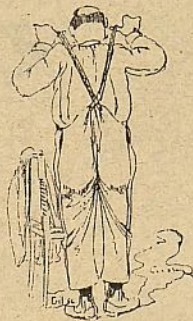
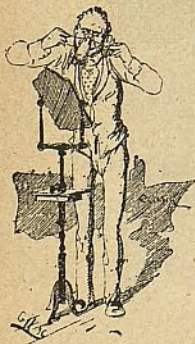
—Un quiste sebáceo de los mayores que se conocen.

—He visto otro parecido.

—¡Quiá! Mayor que este no hay ninguno en España. Es un ejemplar magnífico.

—¿Hace mucho que lo tiene usted?

—Me salió en Burgos en casa del capitán general, una noche de baile, y aun que sea inmodestia, solo hay otro igual en Buda-Pesth.



—En algun museo?

—No señor: en la nariz de un archiduque. Este mío me lo pidió Federico Rubio para exponerlo en un escaparate, pero yo lo quiero conservar por gusto.

Comprendemos que haya quien cifre su vanidad en lucir un lunar peludo, de esos que salen junto al labio inferior y van diciendo á voces: «viva mi dueño». Este adorno de la faz tiene muchos entusiastas, y la prueba está en que ha habido poetas lanudos que cantaron la belleza de los lunares con vegetación.

Lo que no podemos comprender es que á uno le salga un sarpudillo en la fisonomía, y lo enseñe al público con orgullosa complacencia, y llegue á decir en confianza á los amigos:

—Como soy moreno ¿sabes? los granitos me favorecen mucho... Todos creen que son lunares espontáneos.

La vanidad convierte al hombre más discreto en mamarracho vulgar ó en chisgaravís ridículo. Ahora se llevan unas americanitas de tela blanca que parecen chambras de señora, y hay personas formales que no tienen inconveniente en ponérselas.

Nosotros vimos días pasados á un senador del reino con una de estas americanas coquetonas, y no pudimos menos de decirle:

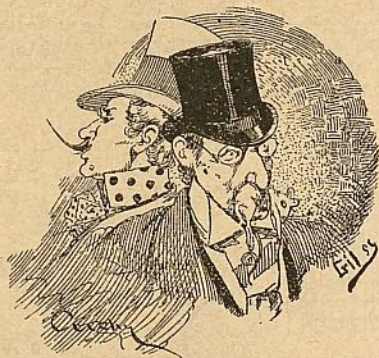
—¡Pero, D. Emeterio! Parece usted una criada de servir.

Al hombre no le sentó bien la cosa, y por poco nos desafiaba. Después supimos que decía en el casino:

—¿Qué derecho tiene nadie para meterse en la ropa de los demás? Sean ustedes jueces. ¿Hay algo que pedirle á esta americana? ¿No hace muy buen cuerpo?

Todo anciano que se tiñe el pelo es un vanidoso empedernido; el que, además de teñirse el bigote, lollena de pringue, y va por ahí amenazando con las guías como si fueran dos navajas de Albacete, á más de vanidoso es un majadero.

¡Cuánto más simpáticos y más modestos son esos seres que miran con indiferencia la aparición de las honradas canas, y dejan que el bigote se ponga gris hasta parecer una rata vieja pendiente de las narices!



¡Oh, la vanidad!

Ya pueden decirle á don Honorato que no sabe Aritmética, á pesar de su título de profesor mercantil; ya pueden injuriarle atribuyéndole vicios que no cultiva; ya pueden negarle dotes de mando, y eso que ha sido segundo comandante de la milicia; pero que no le digan que tiene el pié grande.

El es víctima de aquellas extremidades que cuida con esmero, y á fuerza de apretárselas va por la calle viendo las estrellas.

—¡Ay, Honorato!—le dice su esposa.—No se puede negar que tienes un pié monísimo.

D. Honorato se vuelve loco de felicidad cuando oye este requiebro.

En la reunión del café, á donde acude por las noches, todos convienen en que D. Honorato es persona de pié pequeño; pero hay un maldito capitán retirado que siempre está diciendo pesates del ministro de la Guerra, sea quien fuere, y cuando se le acaban los insultos, la toma con D. Honorato.

—Bueno, hombre, bueno—contesta éste con mucha calma;—diga usted de mí lo que guste, ¡yo no me he de enfadar!...

—No tiene usted patriotismo—replica el capitán.—Es usted un pancista. Está usted cobrando un sueldo de profesor y no sabe usted sumar dos quebrados.

—Así, así, desahóguese usted.

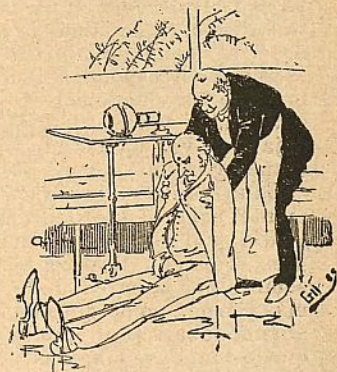
—Además, esos no son piés...

—¿Cómo?—exclamó D. Honorato palideciendo.

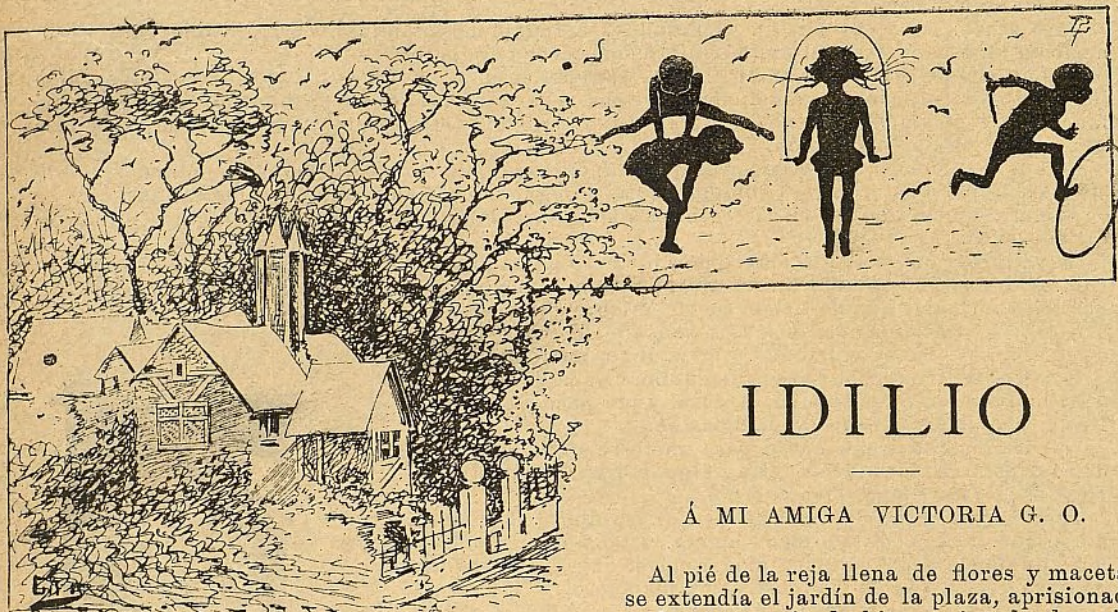
—Son dos rodajas de merluza ..

—¡Ay!—dijo D. Honorato. Y se desmayó sobre el mozo.

Desde entonces no ha vuelto al café, ni se sabe por donde anda.



LUIS TABOADA.



IDILIO

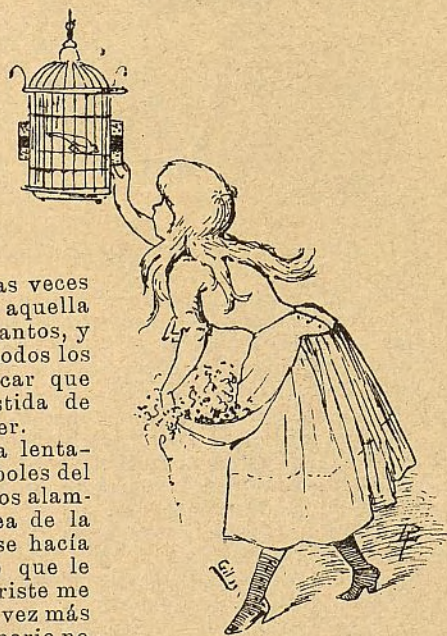
Á MI AMIGA VICTORIA G. O.

por la que saltaban las frondosas ramas de los árboles. Todas las tardes, durante el buen tiempo y mientras el sol bañaba con chorros de luz frondas y casas, el jardín se convertía en un guirigay de músicas y gritos que levantaban los chiquillos de aquellos contornos, cuando al salir de la escuela se lanzaban al medio de la plaza á rodar sus aros, ó á dirimir sus apuestas en punto á juegos y carreras, en tanto que allá arriba, en las copas de los árboles, la canalla de gorriones de toda aquella barriada se despachaba á su gusto en eso de cantar y picotearse.

La reja, abiertas de par en par sus puertas de cristales, mostraba sus delgados barrotes de hierro bronceado, por entre los cuales se precipitaban al fondo de la sala los alegres rayos del sol, quebrándose al pasar en los dorados alambres de una jaula, donde saltaba y cantaba con estrepitosa alegría un canario, quizás el más hermoso de toda la plaza.

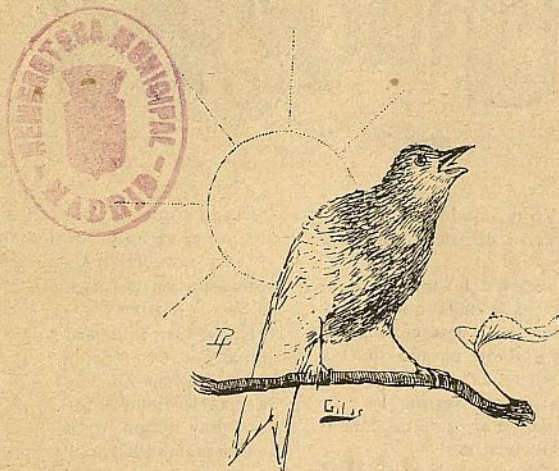
Eran amigos desde hacía mucho tiempo; acaso desde el día en que por primera vez colgaron su jaula junto á la reja del jardín y penetró por sus alambres el primer rayo de sol; pero era una amistad tan íntima, que si el sol no salía, y estoy por decir que el día que no colgaban la jaula de la reja del jardín, el sol no salía. Era un amor recíproco. El sol bañaba con timbre de oro el brillante plumage de sus alas, y el pájaro se deshacía en un cantar tan sonoro, tan dulce, tan alegre, como jamás lo oí en canario alguno. Muchas veces desde el balcón de mi casa yo veía con entretenimiento aquella estrecha correspondencia que se traducía en colores y cantos, y me divertía viendo con qué gozo saltaba el canario por todos los travesaños de la jaula y picoteaba el terroncito de azúcar que dejaba de vez en cuando en los alambres una joven vestida de blanco y hermosa como el hada de un cuento de Becquer.

La tarde iba cayendo poco á poco; el sol abandonaba lentamente, como el que siente marcharse de una vez, los árboles del jardín, y el canario, mudo entonces y con el pico entre los alambres, veía con tristeza avanzar cada vez más la línea de la sombra por la pared de la reja, y cada vez su canto se hacía más tierno, como queriéndole decir á su cruel amigo que le abandonaba: «¿Por qué te vas, ingrato? ¿no ves que triste me quedo cuando te marchas?» Pero el sol subía, subía, cada vez más descolorido y frío, por la pared de la casa, y al fin el canario no veía más que allá en el cielo algún manchón rojo como una



sonrisa de fuego que le enviaba su amigo desde el otro lado de los montes; hasta que ya, cuando la plaza se llenaba de sombras y se marchaban los chiquillos del jardín y la reja se quedaba fría, sin colores ni caricias, el canario en el último travesaño de la jaula, hundía el pico entre las plumas de las alas y se quedaba mudo, sombrío, como el que baja la cabeza y llora...

JESÚS CARRASCOSA.



Pues....

—...¿Y cómo fué?
—Sucedio
que, perseguido sin tregua
una legua y otra legua,
por el guarda que le vió,
llegó á rendirse un instante
y un instante, á su pesar,
tuvo al fin que descansar,
sudoroso y jadeante.
—¡Pagar pudo su inconstancia
demasiado cara!
—¡Digo!
¡se le puso el enemigo

á diez metros de distancia!
Pero nada de eso.
—¿No?
—Incansable, diligente,
se levantó, y nuevamente
echó á andar, y andó... y andó...
—Anduvo.
—Anduvo... Eso. Anduvo;
anduvo una legua más,
siempre mirando hacia atrás
á aquel á quien cerca tuvo.
Vericuetos, montes, llanos,
hondonadas, cerros... todo

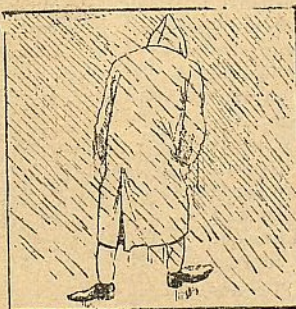
de salvarlo hallaba modo,
con los piés ó con las manos.
—¡Brio el suyo!
—Tal su brio,
tal valor el suyo fué,
que llegó un momento en que
vió cortada por un rio
su marcha, y ni se detuvo,
ni el peligro le arredró...
¡Se arrojó al rio, y nadó...
digo, *naluvo... naduvo!*...

DANIEL BLANCO .

LOS IMPERMEABLES BARATOS, POR GILLA.



Apenas la lluvia empieza
sale Vd. entusiasmado



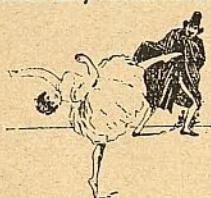
luce Vd. la hermosa pieza



¡y se encuentra, al fin, calado
de los piés á la cabeza!

CHIRIGOTAS

Para y oyeme ¡oh público! Yo te saludo.
Y extático ante tí, me atrevo á decirte.... que me tienes muy incomodado.



Diez y ocho mil ejemplares ¡nada más que diez y ocho mil! has consumido del número pasado de LA SEMANA CÓMICA.

¿Es esto justo? ¿Es esto justo? ¿Por qué no consumiste cien mil?

¡Oh público! tu has agotado mi paciencia... y la tirada del número pasado de LA SEMANA CÓMICA.

¡Qué pesetas vales ¡oh, público! y cuán reconocido estoy á tus bondades para conmigo!

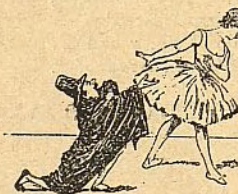


Bromas á un lado.

Si algún corresponsal á quien hayan sobrado ejemplares del número pasado, quiere devolvérnos-

los, nos prestará un señaladísimo favor.

¡Dios mío, Dios mío! ¡dadme que pueda hacer advertencias de esta índole en todos los números!



Abramos la sección de Modas de un colega semanal, (porque ahora á los semanarios les ha dado por publicar sección de Modas)... y leamos:

«Los adornos de pasamanería se prodigan

hoy con verdadera prodigalidad. ...»

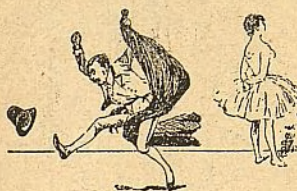
¡Hoy! ¡Toma! Y también ayer. Y mañana. Y pasado mañana. Y siempre. ¡Siempre ha sucedido lo mismo!

Pero estamos en el siglo del progreso; cada día se ven cosas nuevas...

¡Y puede que haya habido ó pueda haber una época en que los adornos

de pasamanería se prodiguen... sin prodigalidad!

¡Ya la moralidad huyó de Roma! Sí, señores. Y se refugió en San Sebastián.



Desde donde te'grafían á los diarios locales, noticias por el estilo de la siguiente:

«Otra vez vuelve á hablarse del juego que se efectúa libremente en el Casino de San Sebastian.

El señor Villaverde opina que debe prohibirse, aun cuando haya de cerrarse dicho casino; pero hay quien opina que esta medida no es oportuna, por cuanto aquel centro da mucha vida á San Sebastian, por más que algunos jóvenes puedan perder allí el dinero....»

Diré á Vd.; diré á Vd...

Lo que con estas discusiones se pierde no es precisamente el dinero, sino otra cosa... que precisamente no se compra con dinero.



Y sigue el telegrama:

«Hay quienes defienden otra solución, ó sea que sólo se permita el juego á personas respetables, para evitar algún suicidio, como ocurren frecuentemente en Monte-Carlo, lo cual produciría mal efecto, residiendo la corte en San Sebastian.»

De modo que el que quiera suicidarse con tranquilidad debe dirigirse á cualquier otro punto: por ejemplo, á Barcelona.

Porque en San Sebastian.. sí, señor: en San Sebastian el suicidio causaría mal efecto.

Mientras que en Barcelona produciría un efecto excelente...

Como no reside aquí la corte...



De la sección de anuncios de El Noticiero:

«Se desea una criada inglesa, que hable bien el francés y que no sepa el español.»

Bueno; pero si la criada no sabe el español ¿cómo va á leer el anuncio?

Si hubiera alguna inglesa académica de la Lengua, que chapurrease el francés, ¡serviría!

Porque siendo académica ¡llenaría el tercer requisito!

—¿Con que se casó Mariquita?
 —Y soberbiamente. ¡Si viera Vd. qué tren lleva su maridol...
 —¡Ah! ¿un gran tren?
 —¡Va lo creo! Es maquinista del ferro-carril del Norte....



No te rompas la cabeza,
 Rufo, por decir un chiste,
 que tus chistes ponen triste
 al que advierte tu pobreza.
 Rufo, el chiste no es sustento
 del coloquio social;
 será, si quieres, la sal,
 pero nunca el alimento.



—Diga Vd. ¿Es verdad que los loros viven muchos años?
 —Sí, señor. Me he enterado acerca del particular, y de mis informes resulta que un loro puede alcanzar a una edad de cien años. Esto por lo que respecta á los loros vivos; que en cuanto á los embalsamados... no se les conoce límite.

FÍSICA RECREATIVA

(De L' Illustration)



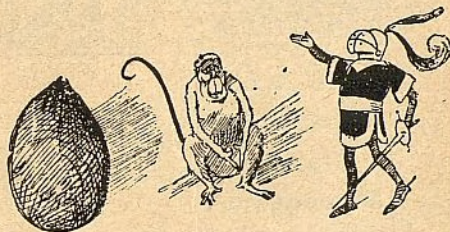
Para cortar con tijeras un pedazo de vidrio ó de cristal, basta introducir el vidrio y las tijeras en un barreño lleno de agua. El vidrio se corta entonces en tiras rectas ó curvas, á voluntad, sin rotura alguna y con la misma facilidad con que se cortaría un pedazo de cartón.

Es de advertir que si el operador deja salir del agua la más pequeña parte de las tijeras, las vibraciones que se producirán impedirán el éxito de la experiencia.

SIMILES

¿En qué se parecen las iglesias al mar?
 ¿Y un barco á una botella?

CHARADA EN ACCIÓN



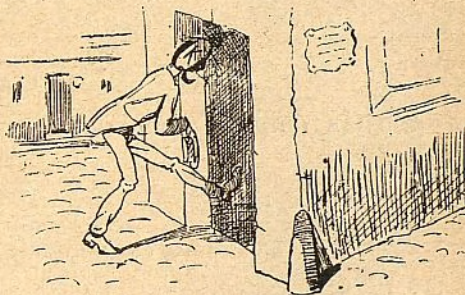
1.^a 3.^a

2.^a 3.^a

TOTAL

JEROGLÍFICO

BQUUBU



Las soluciones se publicarán en el número próximo.

SOLUCIONES

Á LOS ACERTIJOS DEL NÚMERO PASADO.

AL PROBLEMA MATEMÁTICO.—Según el enunciado, hay que sumar tres cantidades, cuya suma han de ser igual á uno.

1.^a cantidad: (El señor de Sexto) = $\frac{1}{6}$
 2.^a: Su mujer (es decir su mitad, ó lo que es lo mismo, la mitad de un sexto) = $\frac{1}{12}$
 3.^a: Siendo cada hijo el producto de $\frac{1}{6}$ por $\frac{1}{12}$ = $\frac{1}{24}$
 Llamando x al número de hijos, se tiene la ecuación siguiente:

$$\frac{1}{6} + \frac{1}{12} + \frac{x}{24} = 1$$

que queda resuelta haciendo:

$$x = 18 \text{ hijos}$$

AL ACERTIJO.—Americana.

AL JEROGLÍFICO.—Yo detesto los extremos:
 entre lo negro y lo blanco,
 ni lo blanco ni lo negro.

A LA CHARADA EN ACCIÓN.—Veneno.

AL PASATIEMPO.—El pobre era el coronel Nolis.

Imprenta de Calzada, Arco del Teatro, 9 (pasaje).—Barcelona.



NÚMERO CORRIENTE
15 céntimos
ID. ATRASADO
50 céntimos

REVISTA LITERARIA, ILUSTRADA
SE PUBLICA TODOS LOS JUÉVES

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE LOS MEJORES LITERATOS,
CARICATURAS É ILUSTRACIONES DE LOS MÁS CELEBRADOS DIBUJANTES.

LA SEMANA CÓMICA

CONSTARÁ, CUANDO MENOS, DE 16 PÁGINAS.

REGALA SEMANALMENTE
bonitas láminas de caracter artístico, propias para formar un hermoso album

*Los suscriptores tendrán derecho, además, á recibir como REGALO
los extraordinarios, almanaques, piezas de música etc., que trán publicándose.*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA, BALEARES Y CANARIAS		ULTRAMAR Y EXTRANJERO	
Semestre.	5 pesetas.	Semestre	7'50 pesetas.
Año.	8 »	Año.	12'50 »

Barcelona: trimestre, 2'50 pesetas.

El pago será por adelantado, en libranza del Giro Mútuo ó sellos de correo de 15 céntimos.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES POR MENOS TIEMPO DEL PREFIJADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de la Universidad, núm. 5

Despacho: todos los días laborables, de 2 á 4 de la tarde.

Ayuntamiento de Madrid